

EL CHIFA SÓNICO DE TARANTINO

Revisión de la saga de *Kill Bill* desde el umbral de su banda sonora

diego
molina

*La música suena y la gente canta
y solo para mí las campanas
de la iglesia tocan.*

NANCY SINATRA

¿Cuál sería la banda sonora de tu vida? ¿Te lo has preguntado alguna vez?, interrogaba una chica a su acompañante saliendo de ver *Kill Bill volumen 2*, la última película de Quentin Tarantino, el gran cineasta nacido en Tennessee que ha logrado clásicos instantáneos como *Reservoir Dogs* y, claro, *Pulp Fiction*. *Kill Bill volumen 1* lo es también, y ya se puede decir que el volumen 2 lo será.

Hasta en nuestro medio la película ha calado inclusive para parodiar la "asesina" actitud política; véase si no la apropiación del título por nuestros diarios y revistas, como el "Kill Rospi" de *Caretas* y el "Kill Charlie" (Ferrero) de *Perú.21*. Lo interesante es que las últimas dos películas de Quentin Tarantino no daban lugar a medias tintas en el gusto de la gente: o las aman o las odian; no he escuchado hasta ahora a nadie hacer un comentario intermedio, ni del público en general ni de la crítica especializada.

Pero, al margen de si a uno le gustan o no sus obras, la capacidad de este director para encontrar la músi-



David Carradine, actor que interpreta a Bill.
En la siguiente página, Michael Madsen, que hace el papel de Budd.



ca propicia para ciertas escenas de sus películas es fascinante. El *soundtrack* es un actor más, y de los principales. Pero Tarantino no es predecible en este sentido, porque no necesariamente escoge la música según las virtudes de la escena sino, muchas veces, para sumarle otras tantas que no tienen que ser visibles, o sea, que no están en la escena. Como el duelo entre Uma Thurman (su musa, interpretando a "La Novia"), y Lucy Lu (en el papel de O-Ren Ishii) en un onírico paisaje nevado japonés, pero acompañado por tonos flamencos (palmadas y todo) dándole así el "calor" necesario a la batalla. "Esa escena es graciosa, solemne, hermosa, mugrienta. Todo a la vez", según el propio director. El efecto: la tensión se multiplica y le resta cliché a las circunstancias.

Quentin y la piedra filosofal

Tarantino también es capaz de hacer magia con canciones

archiconocidas pero dándoles otro color, quitándoles la emoción específica con la que siempre se las ha identificado. Es el caso de "El pastor solitario" de Sanfir (*Kill Bill vol. 1*) y de "La Malagueña" (*Kill Bill vol. 2*). En el primer ejemplo, la onda a lo *nueva era* que siempre le adjudicamos al famoso flautista de pan es sustituida por un extraordinario momento místico y de violencia inminente cuando el hacedor de katanas (espada de Samurai), Kenzo, le entrega el arma a "La Novia" para que cumpla su venganza a la perfección. La misma canción cierra la película cambiando así otra vez de carga emocional en el universo audiovisual de Tarantino, esta vez con tono épico.

En el segundo caso, la mexicana melódica que el desaparecido (gracias a Dios) Pablito Ruiz puso a resonar día y noche en las radios a inicios de los noventa, se transforma en la acompañante perfecta para un

epílogo de ópera a la saga. Como se sabe, lo mismo ha logrado con los actores: a John Travolta (Vincent Vega en *Pulp Fiction*) lo enfrascó de nuevo en Hollywood y a David Carradine (Bill en *Kill Bill volumen 2*), un actor considerado de "bajo presupuesto", le ha arrancado una soberbia representación de un asesino como pocos, mezcla de samurai y vaquero, que, sorpresa, es también un buen padre. Al final de cuentas, este director, con sus *Maten a Bill*, también está reviviendo aquellas antiguas películas y series de kung fu. A ellas les ha quitado, pues, su sabor a refrito de domingo por la tarde y las ha entronado en el sitial de los clásicos, como el corazón de este Frankenstein de estilos filmicos. Y es que el estilo "tarantinesco", hoy en día una marca registrada, es un amalgamado homenaje a las películas clase B, a los *spaghetti westerns* y a viejas películas de kung fu y que se expande ahora hasta los *animés* japoneses. Ese estilo

único es también aplicado a la banda sonora, como veremos después.

Chifa POP

Después del relativo fracaso de *Jackie Brown*, el filme predecesor de *Pulp Fiction*, su director entró en una depresión creativa. Para escapar de ella, se confinó durante dos años a ver esas viejas películas que lo inspiran. El efecto fue provechoso, y por eso *Kill Bill* no es solo un homenaje a aquellos filmes sino también al hecho mismo de la inspiración. Entonces, en esta saga las influencias se vuelven mucho más literarias como sucede en escenas, nombres de personajes y hasta la flauta de bambú de Bill. Todo esto "robado" de otras obras. Aunque suene extraño, detrás de todos esos chorros de sangre y muertes violentas ("La Novia" asesina a cada uno de los miembros del Comando de Asesinato Viper de forma distinta) resuena un "gracias" de celuloide. "No es sangre, es líquido de color rojo", dijo el director ante la ambigua cucufatería de los medios gringos que decían que era "muy sangrienta"; y con eso lo explica todo.

Aunque sus películas tratan de situaciones del bajo mundo, de asesinos a sueldo y gánsters posmodernos, y, por ende, tienen situaciones hipersangrientas y extravagantes, muchos de sus filmes tienen grandes espacios de diálogos sencillos y extrañas situaciones de humor. Un buen ejemplo de esos "diálogos comunes" es el cuasi monólogo de Bill frente a "La Novia" en el que le explica

que su héroe favorito es Superman porque es el único que se disfraza de humano y no al revés, como Bruno Díaz, que se disfraza de Batman para volverse alguien que no es: "Clark Kent es cómo ve Superman al ser humano, como débil y cobarde". Es lo que los 'cine-expertos' llaman diálogos *vintage*. Así, Bill deja entrever su desprecio y egocentrismo. Esos momentos son los que ganan más con sus fondos sónicos, reciben un peso inusual que una típica instrumentalización fílmica volvería posiblemente aburridos. Tarantino sabe que la vida no suena siempre como una balada o a baile o a *rock*, por lo



que sus bandas sonoras tienen una amplitud de registros sonoros que sorprende, donde la música japonesa se codea con el *rockabilly*, menjunjes de disco con *rock* y canciones *kitch* de los años cincuenta y sesenta que a él le fascinan. Música que, para empezar, supuestamente jamás debería estar en el mismo contexto.

Tarantino le devuelve la vida a todos esos sonidos, despreciados por edad o por estilo, incluyendo a la música típica de los *westerns* a la que da

nueva vida lejos del contexto de caballos y vaqueros, tan lejos como el Lejano Oriente. Al igual que con sus actores o con sus películas, las canciones que forman sus bandas sonoras pasan a ser clásicos o vuelven a estar de moda de nuevo. Para muestra, varias canciones de *Pulp Fiction*, como "Girl, You'll be a Woman Son" ("Chica, tú vas a ser una mujer pronto"), de Neil Diamond. En una época en la que la música de las películas de Hollywood se ha homologado entre flautas celtas (*Titanic*, *Corazón valiente*, *El Señor de los Anillos*, etcétera) y música con efectos especiales para crear grandiosidad, sin olvidar la típica instrumentalización con violines, Tarantino le da un nuevo respiro al mundo de los sound tracks resucitando los acompañamientos sonoros menos imaginables. Lo que logra es que todo sea realmente posible en el universo fílmico.

Hay que decirlo: Quentin Tarantino, confeso amante de la cultura *pop*, nos obliga a reinventar nuestra visión de ella, sumándole y restándole, dándole nuevas fuentes de donde nutrirse; haciendo de la melodía más despreciada un objeto de culto. Y esto desde una perspectiva sin fronteras, desde China, pasando por Japón, México y hasta el Viejo Oeste. Pero, volviendo al inicio, ¿cuál sería la banda sonora de tu vida? ¿Qué canciones escogerías? Es una pregunta que, francamente, uno se cuestiona ante una obra de Tarantino. Personalmente, hasta "La Mala-gueña", que tanto odié, ha entrado en mi lista. ■